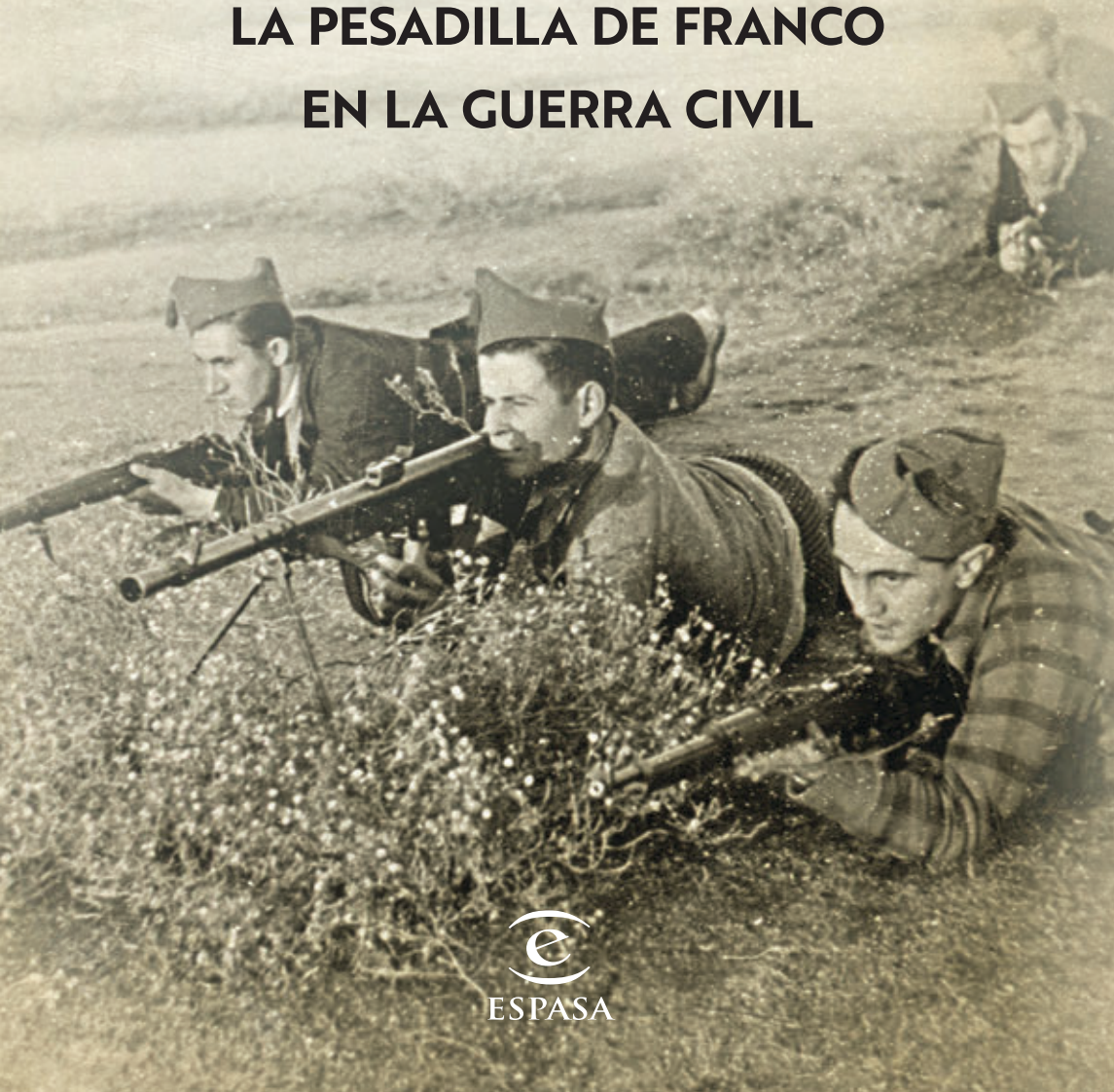


ALFONSO LÓPEZ GARCÍA

SABOTEADORES Y GUERRILLEROS

LA PESADILLA DE FRANCO
EN LA GUERRA CIVIL




ESPASA

ALFONSO LÓPEZ GARCÍA

SABOTEADORES Y GUERRILLEROS

La pesadilla de Franco en la Guerra Civil



© Alfonso López García, 2019
© Editorial Planeta, S. A., 2019
Espasa es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

Preimpresión: Safekat, S. L.

Página 58: Biblioteca Nacional de España; página 61: © Fundación Pablo Iglesias; página 64: © Partido Comunista de España; página 194: © Robert Capa © International Center of Photography/Magnum Photos/Contacto; página 247: «Mensaje Inesperado» publicado por *Milicia Popular*. Se puede encontrar *online*. 15 de noviembre de 1936. Archivo personal del autor; página 257: Servicio Histórico Militar; páginas 65, 81, 100, 158, 179, 259, 262, 265, 268, 274: © Archivo General Militar de Ávila; páginas 93, 94, 102, 106, 112, 113, 114, 115, 116, 117, 131, 132, 146, 177, 281: © Centro Documental de la Memoria Histórica.

Diseño del mapa de la página 47: Jesús Sanz (jesussanz.com)
Iconografía: Grupo Planeta

Depósito legal: B. 9.887-2019
ISBN: 978-84-670-5580-1

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España/*Printed in Spain*
Impresión: Unigraf

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

ÍNDICE

PRÓLOGO	13
1. LA ÚLTIMA INCURSIÓN	17
2. 1936: LA GUERRILLA QUE SURGIÓ DEL CAOS	41
La mejor defensa es... una buena defensa	46
El germen del desvelo de Franco: los primeros guerri- lleros en zona republicana	50
Baile de chaquetas: la importancia de los evadidos	59
Cuando un papel es más convincente que una bala	63
Los guerrilleros, contra las deserciones	67
Tipos de mensajes y de propaganda	70
La confraternización como arma	73
Rojo también abraza la guerra exprés	78
3. 1937: TODO AL ROJO. LA APUESTA REPUBLICANA POR LOS GUERRILLEROS	83
Plan para información, destrucciones y levantamien- tos en masa	85
Largo Caballero sigue apoyando a los guerrilleros	92

Los «Grupos de la Muerte», guerrilleros anarquistas ..	95
El Batallón de Guerrilleros	96
El final del efímero Batallón de Guerrilleros	98
El Servicio de Información de Acción Militar	103
Mil pesetas por cada guerrillero vivo... o muerto	108
Trampas explosivas en el campo de batalla	109
La escuela de Benimamet: el hogar del guerrillero	110
Franco en su encrucijada	118
Las ventajas de defenderse de los enemigos noctur- nos	121
Personas de absoluta confianza para proteger los pol- vorines	122
4. 1938: EL AÑO EN EL QUE LOS GUERRILLEROS PASARON A LA HISTORIA	
«Franco ha sido asesinado en Tánger»	125
Orgullo guerrillero: la liberación del Fuerte de Car- chuna	135
Las guerrillas, modalidad de guerra popular que debe ser alentada	136
«Guerrilleros, portaos bien»	140
¿Qué opinaba Franco?	143
Nervios republicanos ante una guerra decantada	154
Adiós guerrilleros, bienvenidos maquis	166
5. NO TODO FUE EN VANO. CAMBIAR EL MUNDO DESDE ESPAÑA	
La CIA «nació» en España	185
Desertores, sabotadores y espías dentro de la XV Bri- gada	189
Oliver Law: voluntario en España y el primer negro que dirigió un batallón	218
Francia y el resurgir del XIV Cuerpo de Ejército	221
	222

ÍNDICE

La influencia de España en los servicios secretos soviéticos	224
La guerrilla en España: un espejo para América Latina	228
6. EN LA MENTE DEL GUERRILLERO	233
7. EL SABOTAJE PACÍFICO: LOS «MILAGROS» DE LA GUERRA CIVIL	239
<i>La Columna de Baleares</i> (26 de agosto de 1936)	243
<i>El Socialista</i> (13 de noviembre de 1936)	244
<i>Milicia Popular</i> (15 de noviembre de 1936)	245
<i>Milicia Popular</i> : «Otra carta en una granada»	247
Sabotaje pacífico recogido en <i>El asedio de Madrid</i>	249
Sabotaje pacífico en <i>Gavroche en el parapeto</i>	250
¿Simple propaganda?	252
El sabotaje pacífico se hace «oficial»	254
Sabotajes pacíficos republicanos	273
Consecuencias del sabotaje pacífico en las fábricas	280
EPÍLOGO. LA VIDA EN UN MENSAJE	283
AGRADECIMIENTOS	285
BIBLIOGRAFÍA	287
ÍNDICE ONOMÁSTICO	293

1

LA ÚLTIMA INCURSIÓN

—Cuando me descubrieron y me dieron el alto, rompí a correr. En ese momento solo esperaba escuchar los disparos, pero, no sé por qué razón, no sacaron el arma. Y lo que tampoco me explico aún es el motivo por el que decidí parar de repente, supongo que algo dentro de mí dijo: «Si has de caer, que sea con dignidad». Frené de golpe en un lateral de la Plaza Mayor y me quedé estático esperando a que se acercaran. Justo cuando alcanzaron mi posición, casi sin dejarles pensar, me abalancé con violencia sobre el más fuerte. Agarré a ese puto fascista del cuello y empotré su cabeza con todas mis fuerzas contra la farola. Si no está muerto, poco le falta, porque el golpe sonó fortísimo... ¡Se apagó hasta la luz! Mientras, el segundo malnacido me soltó un puñetazo desde la izquierda que pude medio esquivar, aunque me destrocé el cuello en el giro. Sin terminar de caer al suelo, le di una patada en los huevos y, ya, con medio pueblo agolpado en corro para ver el espectáculo, un puñetazo plano a su barbilla que acabó de noquearle. Cayó desplomado justo encima de su amiguito. Antes de huir, no pude evitarlo, me quedé parado dos segundos ante esos dos cerdos uniformados para contemplar con gozo cómo sufrían, les eché encima

todos los folletos que llevaba en el macuto y grité: «Para lo fascistas que sois, os convendría mejorar esas “derechas”. ¡Viva la República!».

El guerrillero que contaba a sus compañeros esta historia por cuarta vez en dos días se llamaba, pongamos, Francisco. Había regresado a territorio republicano por el paso marcado junto al río después de protagonizar, junto con otros hombres, una nueva incursión en zona franquista. Al igual que desde el inicio de la guerra, pretendían cumplir con sus funciones de desgaste al enemigo, reparto de propaganda, desmoralización de los vecinos, búsqueda de enlaces en fábricas de armamento, o cortes de vías férreas y sabotaje de centrales eléctricas y polvorines. En el camino, si era posible, también se llevaban por delante a todo aquel que quisiera frenarles. Pero, en concreto, en ese periplo de vuelta, la moneda salió cruz, y cuatro de sus hermanos de sangre fueron abatidos durante el repliegue.

Pese a conocer el desenlace de la historia de Pacorro, como le llamaban comúnmente, siete guerrilleros se agolpaban con caras sonrientes junto a él. Querían volver a escuchar la parte en la que les decía a esos soldados enemigos que debían «mejorar sus derechas». Esperaban con impaciencia ese pasaje para reír a carcajadas. Puede que les sirviera como una suerte de inhibidor que les permitía olvidar por un momento los nervios que siempre se presentaban en la antesala de una nueva incursión, aunque, después, ya en privado, confesaban no acabar de creerse del todo una historia que Pacorro iba exagerando en cada nueva versión.

Era noche cerrada, pero hacía mucho menos frío de lo que cabía esperar para el estreno de ese último mes de febrero que iba a presenciar la Guerra Civil. Pese al ambiente distendido, una capa de desilusión se había enquistado en la moral de aquel grupo de guerrilleros que acababa de recibir la noticia de que Barcelona había caído. Otra sentencia de muerte en forma de

noticia que reflejaba que la Guerra Civil estaba terminada, salvo improbable intervención internacional, o salvo que el pueblo de Madrid volviera a demostrar que el heroísmo podía retrasar lo inevitable. La victoria republicana estaba ya solo al alcance de un milagro divino, y esos hombres, que precisamente creyentes no eran, ya no dejaban demasiado hueco en la maleta para guardar grandes esperanzas.

Sin embargo, si algo había caracterizado a ese grupo durante el conflicto era la absoluta carencia de pensamiento crítico para valorar los triunfos o las derrotas en su justa medida. Y esa imprudente mentalidad les llevaba a seguir ofreciendo batalla de la manera más cruenta y anárquica posible, a pesar de los esfuerzos de los mandos del XIV Cuerpo de Ejército republicano, que intentaban inyectarles en vena la importancia de mantener un cierto rigor militar en la lucha. Misión complicada, más aún cuando esa actitud tan cortoplacista, mucho más cercana a la del niño que comienza a montar su puzle de diez mil piezas sabiendo que en cinco minutos le van a mandar a dormir, era la que había convertido a los guerrilleros en un incordio permanente para el enemigo. Muy molestos para Franco e indomables para los mandos de sus propias filas. Indomables, incontrolables, insubordinados, violentos y tremendamente inconscientes.

Actuaban siempre durante la noche y aquella no iba a ser una excepción. Dos latas de sardinas y un trozo de pan duro había sido cena más que suficiente para los cuatro valientes que esa madrugada se internarían en zona enemiga una vez más. Salvo la anécdota de Pacorro, la conversación del grupo durante esas horas de espera había sido más escasa de lo habitual.

Juan, el segundo guerrillero, seguía escribiendo mientras encendía otro pitillo, que enlazaba con el último hilo de lumbre que le quedaba al que aún estaba apurando. Lo tenía contabilizado todo en su diario, y en ese instante, según escribía, caía en

la cuenta de que la de esa noche sería la incursión número 155, una cifra que coincidía exactamente con el número de compañeros que había visto caer. Pensó en compartir ese dato con el resto, pero prefirió abrir la boca solo para soltar una enorme bocanada de humo.

A las 22:55 horas, los cuatro se pusieron en marcha. Sus rostros serios reflejaban la complicación de un tipo de guerra exprés que cada vez resultaba más compleja de ejecutar con el debido éxito, en gran medida por los esfuerzos del enemigo por controlar las zonas de paso, aunque también respondía al aumento de desertiones en el bando republicano y a una menor colaboración de pastores, campesinos y ciudadanos de izquierdas que vivían su ideología en silencio en la zona sublevada. La guerra estaba muy decantada y todos esos factores que antes eran de gran ayuda comenzaban a perderse a medida que crecía la incertidumbre y el miedo a ese futuro franquista casi asegurado, un instante histórico donde comenzaba a mutar en certeza la idea de que habría graves represalias para los desafectos a la causa liderada por aquel militar gallego.

En el macuto cargaban con embutido, latas de conserva y un termo. Además, Nicolás y Marcial, los últimos dos guerrilleros de la expedición, también habían metido alpargatas, botas, mantas, propaganda, documentación falsa y uniformes falangistas. Juan era el encargado de llevar casi todos los explosivos.

Pistola Schmeisser y mosquetón al hombro, emprendieron su camino hacia una nueva aventura de desenlace incierto.

Durante el primer kilómetro de caminata, sus pensamientos giraban en torno a la idea de que quizá esa sería la última expedición en un área de peligro que cada día de guerra se ampliaba más. Siempre, desde el comienzo de su actividad guerrillera, tuvieron tan presente la muerte que convivían con ella como una compañera más. No solo porque, obviamente, el contexto era de guerra, sino porque sus acciones tipo comando, basadas

en incursiones de ida y vuelta, eran extremadamente arriesgadas, como así lo reflejaban los informes de los servicios de inteligencia franquistas, que amontonaban listas interminables de bajas enemigas y capturas de prisioneros.

Por si fuera poco, el riesgo se multiplicaba con el pasar de los meses debido al esfuerzo de Franco por evitar estas visitas nocturnas que tanto daño habían hecho y para lo cual había incorporado a numerosos falangistas, guardias civiles y voluntarios en labores de vigilancia en las zonas de paso, hombres a los que ofrecía, como si del salvaje Oeste se tratara, atractivas recompensas económicas si capturaban, vivo o muerto, a algún guerrillero republicano. Sin embargo, y aun jugando en clara desventaja, los guerrilleros seguían sacando bastante rédito de sus incursiones gracias a su mayor conocimiento del terreno y a los enlaces que vivían en zona franquista y que todavía se prestaban a pasarles valiosa información sobre la ubicación y las coordenadas de esa vigilancia.

Francisco *Pacorro*, Juan, Nicolás y Marcial pertenecían a la 57 División Guerrillera del XIV Cuerpo de Ejército, con base en Guadix (Granada). Ese día partieron hacia zona enemiga a quince kilómetros de la localidad de Albuñol, lugar donde tenía su base la 230 Brigada.

La de esa noche de febrero de 1939 era una aventura inusual, ya que las expediciones, por lo general, eran coordinadas por los mandos del Ejército para que dieran apoyo al resto de tropas, y eran ejecutadas por un grupo de hombres más numeroso. Sin embargo, las desertiones y el desconcierto hacían que, a esas alturas de la contienda, esas cuatro almas no rindieran cuentas a casi nadie salvo a sus principios, sus odios y su espíritu de supervivencia.

Los doce primeros kilómetros transcurrieron con la normalidad habitual que provocaba el hecho de sentirse a salvo en su zona de influencia. Era imposible toparse con resistencia en esa

área, todavía republicana, pero sabían que la calma estaba a menos de cuatro kilómetros de esfumarse. Solo les separaban tres mil ochocientos metros de la línea imaginaria marcada para pasar a territorio franquista, y la típica ansiedad del momento comenzaba a llamar a unos corazones que aumentaban la frecuencia de sus latidos casi en cada nueva zancada.

La oscuridad era casi absoluta. Ni la luna se atrevía a hacerse un hueco entre el encapotado cielo granadino, mientras los soldados proseguían su caminata en fila de a uno en dirección a Motril. Una hora y cuarenta minutos después, y a trescientos metros de la zona cero, se detuvieron. Querían analizar si la vigilancia de la Guardia Civil se encontraba cerca. Tumbados junto a unas rocas, callados, bebieron agua e intercambiaron miradas en un silencio que solo rompía a ratos el sonido de algún ave nocturna. Un pequeño gesto con la cabeza de Pacorro fue suficiente para que volvieran a colocarse los macutos y retomar la andadura hacia el lado menos seguro de España para ellos.

A las 03:35 horas llegaron a la zona señalada por la que iban a pasar. Fue de nuevo Pacorro el primero que traspasó esa frontera invisible y quien se adentró por la parte más poblada de maleza. El resto siguió sus pasos, copiando incluso sus pisadas, en lo que era un ritual habitual para dejar el menor número de pistas posibles. Ya estaban allí, en Calahonda, en un lugar muy cercano a la operación más exitosa que habían realizado los guerrilleros durante toda la guerra: la liberación del Fuerte de Carchuna. El éxito de esa acción exprés, tan solo nueve meses antes, hacía incluso más complicada la misión, teniendo en cuenta que el propio Franco se había encargado de ordenar a sus mandos extremar la vigilancia en toda esa zona costera para evitar un ridículo parecido al de Carchuna, ridículo provocado por la valentía de unos pocos guerrilleros que consiguieron liberar a más de trescientos prisioneros republicanos y llevarlos de vuelta, y con vida, a zona segura.

Pero Pacorro, Juan, Nicolás y Marcial querían más.

Un último repecho les daba la bienvenida a campo abierto, un tramo sin arbustos ni maleza que les exponía mucho y desde el que solamente se divisaba, al fondo, una pequeña luz en una casa de campo. En ese momento, Marcial tomó la iniciativa. Parado, con la mirada fija en un punto indescifrable, comenzó a silbar. Un silbido largo acompañado de cuatro ráfagas cortas dio paso al silencio.

Repitió la misma operación. Mismo sonido. Y esta vez encontró respuesta en forma de luz. Alguien, muy a lo lejos, agitó una linterna cuyo foco se vio y desapareció también por cuatro veces.

Era la señal marcada. Al llegar a la cancela, un hombre robusto, de rostro raído por la exposición al viento, al sol y al frío, salió a recibirles.

—¿Adónde vas?

—A Gabás —respondió con prisa Marcial.

Era la misma contraseña que habían utilizado con aquel campesino durante toda la guerra. Era la señal inequívoca de que podía comenzar el intercambio de información con plena seguridad.

—Pensaba que esta noche no os tocaba.

—Pues ya ves —contestó Marcial algo resignado.

—Esta mañana han estado peinando la zona dos parejas de guardias civiles. Está el tema movidito en el pueblo; han llegado como diez camiones con soldados. Se tiene que estar preparando algo gordo. Yo que vosotros, hoy no iba a ningún lado.

—¿Dónde se quedan?

—Pues algunos en la posada y otros se han ido repartiendo por el pueblo. Son bastantes, por eso te digo que esta noche está todo muy complicado... Vosotros sabréis.

—No nos queda otra.

—Que tengáis suerte, entonces. Una cosa más: si decidís volver por el norte, hay varias piezas de ganado que podéis agenciaros en Villa Esperanza. ¡Ah!, y la línea de tren vuelve a estar operativa. Están llegando muchos materiales y tropas por esa vía.

—Gracias, compañero. ¡Salud!

—¡Salud!

Calahonda ya estaba en su campo visual. Tan solo tenían que seguir el camino hacia el pueblo para acabar de adentrarse en esa localidad repleta de soldados enemigos, falangistas y guardias civiles. Pero la conversación con el enlace les hizo modificar sus planes.

La vía del tren era ahora su objetivo más inmediato, y hacia allí se dirigieron. La conocían más que de sobra porque había sido objeto de sabotajes en repetidas ocasiones, y esa noche no iba a ser distinta. Los cuatro eran expertos en el uso de explosivos y habían sido formados por instructores soviéticos en la escuela de guerrilleros de Benimamet (Valencia). Pólvora, nitroglicerina, dinamita, trilita, mecha bickford, tol, milinita, electrodetonadores... todos esos términos y materiales estaban presentes en su día a día. Los dominaban a la perfección y por eso también sabían de su poder y de sus riesgos, algo que no evitaba que cada poco tiempo algún compañero cayera gravemente herido o perdiera la vida en la preparación de alguna voladura.

Fue Juan el primero que se acercó a la vía. Le siguió Nicolás, que se situó cien metros más adelante. Colocaron cuatro petardos —como comúnmente llamaban a los explosivos— y salieron corriendo en dirección contraria.

El sonido de tres explosiones casi simultáneas se escuchó a lo lejos. Era evidente que uno de los cuatro había fallado, pero no había tiempo para regresar. Era suficiente; ya habían logrado el propósito de inutilizar la vía en ese eterno juego del gato y el

ratón que llevaría a las tropas autobautizadas como «nacionales» varios días de reparaciones y de retrasos en la llegada de soldados y armas.

No había tiempo para especular ni para recrearse en exceso. A la vez que la vía del tren, también había saltado por los aires el silencio de la noche con el estruendo de aquellas explosiones, y no era disparatado intuir que no tardarían mucho en llegar retenes enemigos a la zona. Pero Pacorro, Marcial, Juan y Nicolás ni de lejos habían terminado su trabajo. Había más.

En su estudiada huida hacia delante alcanzaron el siguiente objetivo, la central eléctrica. Cautelosos, llegaron a la instalación por la zona norte y quedaron frente a ella, agazapados al amparo de unos arbustos. Sabían que esta acción era más complicada, puesto que las probabilidades de que en la zona hubiera un contingente enemigo en labores de vigilancia eran casi del cien por cien. Pronto salieron de dudas. Una pareja de guardias civiles que hacía la ronda giraba hacia su posición con ritmo lento y cigarro y fusil en mano.

Desde el suelo, Pacorro le hizo un gesto a Nicolás que no dejaba lugar a interpretaciones. Ellos les asaltarían por la derecha mientras que Marcial y Juan lo harían por el lado contrario, siguiendo los patrones habituales de emboscada. La cuenta con los dedos desde tres llegó a cero, y los cuatro saltaron como gacelas a por sus presas.

Aquellos guardias se vieron totalmente sorprendidos por ese ataque exprés y tan solo acertaron a realizar dos disparos antes de ser abatidos. Pacorro los remató en el suelo con dos tiros en la cabeza que se antojaron totalmente innecesarios, puesto que no hacía falta ser forense para certificar que esos hombres ya estaban muertos. Mientras tanto, Juan aprovechó para robarles las armas.

Sin tiempo que perder, Marcial y Nicolás colocaron un explosivo en el corazón de la instalación. Otra vez a la carrera,

escucharon la fuerte detonación, que fue seguida de un apagón que dejó medio Calahonda en penumbras.

Hasta ese momento todo estaba saliendo perfecto, pero quedaba lo más difícil. Su intención era llegar al epicentro de un pueblo donde ya nadie descansaba y en el que se entremezclaban sonidos de camiones arrancando y voces que alertaban de la presencia enemiga. Por tanto, la incursión se encontraba en un punto casi suicida, más aún al no contar con la baza del efecto sorpresa.

Frente a la entrada, los cuatro se apresuraron a sacar de sus macutos los uniformes falangistas con los que se camuflarían. Era la única manera de intentar pasar desapercibidos entre tanta alarma, disfrazándose del enemigo con ropa robada en algunas de sus anteriores cacerías.

—¡Ahhhhh!

—¿Qué te pasa, Nicolás? ¿Estás gilipollas? ¡Baja la voz!

—¡Me han dado, coño, me han dado! —repetía mientras miraba con cara de desesperación una enorme herida de bala que le había atravesado el hombro.

No se había percatado en el momento. El estado de tensión en el que se encontraba le había impedido sentir que una de las balas perdidas de los guardias civiles había encontrado refugio en su cuerpo.

—Me cago en Dios —gritó bajito Juan—. ¡Nos volvemos!

—No, no volvemos —afirmó Pacorro con gesto desafiante—. No podemos volver ahora. Que se quede ahí escondido y en dos horas lo recogemos.

Nicolás miró a Pacorro con gesto de dolor, rabia y desesperación, como si intentara con la mirada hacerle cambiar de opinión, pero su respuesta volvió a ser contundente.

—Lo siento. Intenta aguantar. Nos tenemos que ir.

Las palabras de Pacorro sonaban a despedida, a muerte. Con total seguridad, Nicolás sería descubierto en caso de so-

brevivir al desangramiento, y era consciente, además, de que sus compañeros no volverían a buscarle. Ni en dos horas, ni nunca. Su particular guerra, y su vida, llegaban al final.

Sin tiempo para despedidas, los otros tres guerrilleros disfrazados de falangistas siguieron su camino hacia el interior del pueblo.

En el último tramo de la primera de las callejuelas de Calahonda, Juan, Marcial y Pacorro, con una angustia difícil de camuflar, se cruzaron con los tres primeros camiones que iban cargados hasta arriba de soldados que salían en su búsqueda. Con paso firme y mirada fija en el suelo, no llamaron su atención, aunque sabían que pocos metros más adelante encontrarían a Nicolás.

Dicho y hecho. Un frenazo y varios disparos certificaban que Nicolás había sido descubierto. Nicolás y su uniforme de falangista a medio poner ya eran un dato más dentro del listado de muertos republicanos.

—¡Enemigo abatido! ¡Van vestidos de falangistas! ¡Alerta todo el mundo, van vestidos de falangistas!

Un nuevo vehículo con dos soldados y un sargento volvió a rebasar a toda velocidad a los tres guerrilleros, que ya estaban dentro del pueblo. Sin embargo, el grito desesperado desde la posición de Nicolás les hizo frenar en seco. No habían podido avanzar más de treinta metros y ya habían sido descubiertos. Juan y Marcial se refugiaron en uno de los portales de aquellas casas bajas, pero Pacorro quedó parado, escondido, tras doblar la esquina. Esperó a escuchar más cerca los pasos apresurados que iban en su dirección, respiró hondo, se giró con rabia y comenzó su baile de disparos sin control. Y, de repente, el silencio. Había abatido a los dos soldados y al sargento. De nuevo, en lo que parecía una macabra práctica habitual, se acercó a los cuerpos y disparó un último tiro para asegurarse de que los tres hombres, o más bien, los dos niños —que no superarían

los diecisiete años— y su mando, se despedían de la vida en ese oscuro rincón.

Pacorro, Juan y Marcial retomaron su marcha a ninguna parte a través de las pequeñas calles de Calahonda. A pesar del desconcierto, a medida que se refugiaban en alguno de los portales, dejaban caer, casi de forma automática, algunos folletos de propaganda que llevaban en el macuto, papeles repletos de textos e infografías que exaltaban la idea de una República legítima y que animaban a los soldados a pasarse al bando republicano, o, si no era posible, al menos disparar a fallar o tratar de sabotear e inutilizar desde dentro el armamento.

Tal era el interés por repartir todos esos mensajes entre el enemigo que Marcial ató dos fajos a unos perros callejeros que pasaron junto a ellos en ese instante.

El estado de sitio era total. Al doblar la siguiente calle vieron a una treintena de soldados que se dirigían hacia su posición y, por el lado contrario, un grupo de guardias civiles se aproximaba a la carrera. Completamente rodeados y a punto de ser descubiertos, solo tenían una opción: la iglesia. Accedieron sin problemas por el pórtico principal y, una vez dentro, se dirigieron ansiosos a la zona de descanso de los párrocos, a los que sacaron de la cama y encañonaron con violencia.

—Llevadnos a un lugar seguro —dijo Juan con gesto desencajado.

Los dos sacerdotes, a pesar de ser despertados de esa forma, no dudaron, cañón en sien mediante, y les guiaron rápidamente a la parte alta de la iglesia, al pequeño habitáculo abuhardillado que utilizaban para esconder algunas imágenes de vírgenes que cubrían con lonas. Allí se quedaron Marcial y Juan, escondidos bajo las telas. Pacorro prefirió ocultarse detrás de la puerta, con el cura más joven como rehén.

—Como nos delates, le mato —advirtió al mayor, que se apresuraba a cerrar la puerta justo en el momento en el que

entraban en el lugar sagrado unos diez soldados para darles caza.

—Buenas noches, don Miguel, está usted despierto... Estamos buscando a tres enemigos disfrazados de falangistas. ¿Ha visto algo?

—No —contestó escuetamente el sacerdote.

—Déjenos echar un vistazo.

—Claro, claro. Pero aquí no ha entrado nadie, lo hubiera oído.

—¿Arriba, qué hay?

—Esa sala está cerrada a cal y canto. Están las imágenes protegidas.

—Abra.

—Tengo las llaves abajo, voy a por ellas.

En el interior de la habitación, Pacorro seguía encañonando al joven cura mientras que Marcial y Juan secaban el sudor de sus manos para volver a empuñar sus armas con fuerza. El sonido de las llaves al abrir la puerta fue seguido de la entrada del primero de los soldados. No había luz en la habitación y eso ayudó a disipar las siluetas de Pacorro y del joven cura, que aún aguardaban en la misma posición. De repente, un grito en la calle alertó a los soldados, que bajaron en grupo sobresaltados. La muerte había entrado a visitar a los tres guerrilleros, pero se habían salvado por algo parecido a un milagro.

—Dejad que el chico venga conmigo. Podéis quedaros aquí —susurró el sacerdote mirando a Pacorro.

—Nos quedamos aquí, pero este también se queda con nosotros. Cierra y ve a tu cuarto. Como escuchemos algún movimiento extraño, le pegamos un tiro a tu cachorro.

Miguel bajó, pero regresó para subirles varias mantas. Pero antes de volver a salir, insistió una vez más:

—No hagáis ninguna tontería. Aquí no van a volver. Estad seguros.

El silencio en aquella fría sala se prolongó más de cuarenta minutos. Solo se escuchaban constantes sonidos de registros y gritos en el pueblo. Fue en ese momento cuando el cura se decidió a romperlo:

—¿Cuál es tu nombre? —preguntó a Pacorro.

—Cierra la boca.

—Solo quiero llamarte por tu nombre, nada más.

—No tienes que llamarme ni hablarme. Así que cierra esa boca.

—¿Sabes lo bueno de dedicar mi vida a esto? Que no le temo a la muerte. Tus amenazas suenan a nada en mi interior.

—He dicho que te calles o te reviento a hostias.

—¿Ves? De hostias sí que sé —respondió con un sentido del humor impropio para ese momento.

Pacorro no sonrió. Solo giró la cabeza para comprobar que a sus dos compañeros les había vencido el sueño.

—¿Sabes? Solo con mirarte sé mucho más de ti de lo que piensas —insistió el cura.

—¿Qué coño vas a saber tú?

—Mucho más de lo que crees. Por tu mirada sé que albergas mucho odio. Por tus marcas sé que batallaste mucho, y por tu acento sé que eres de Jaén, como yo.

—¿Y por qué no te quedaste en Jaén?

—La palabra de Dios no entiende de raíces.

—La palabra de tu dios protege a los fascistas. Tu dios es un asesino, y tú, su cómplice.

—También es tu Dios, aunque no lo sepas. Es un Dios que no entiende de bandos ni de luchas entre hermanos. Es un Dios tan misericordioso que es capaz de perdonar las mayores atrocidades que pueda cometer el hombre. Capaz de perdonar a aquellos que asesinaron a sangre fría ante mis ojos a esas monjas que les dieron cobijo, capaz de perdonar los males de dos bandos que se desangran en nombre de la patria. Es un Dios tan

bondadoso que podría perdonar todo el mal que hayas podido cometer y que sé que te come por dentro.

—No necesito el perdón de tu dios. De un dios al que veneran aquellos que se sublevaron contra la voluntad del pueblo. De un dios que toman por bandera aquellos que asesinan sin piedad a los defensores de una República votada en las urnas. Un dios que da el beneplácito a moros, nazis y fascistas venidos de fuera para violar a nuestras mujeres, invadir nuestra tierra y matar a los españoles de verdad. Ese es tu dios, y tú y tu alzacuellos manchado de sangre sois cómplices en su nombre de todo lo que está pasando.

—No metas a Dios en esto. Los hombres se condenan con sus actos, y él está para salvarlos de sus miserias. Estoy convencido de que tú has hecho muchas cosas en esta guerra de las que no te sientes orgulloso. Detrás de esa coraza hay un hombre que sufre y ama. Un hombre de Jaén que quiere volver a ver a su familia y abrazar a los suyos. Y esa es la parte del hombre que a mí me interesa.

—A mi familia no la volveré a ver gracias a ti, a tu dios y a los asesinos a los que representas.

—Todo este horror acabará algún día y volveremos a vivir en paz.

—¿A costa de qué? ¿A costa de que Franco decida cuál es la mejor paz? ¿O lo hará Hitler? ¿Traidores de la patria sometiendo a los verdaderos patriotas es volver a la normalidad? Entiendo que toda esta ayuda que le estáis dando se verá recompensada, porque tú y los tuyos solo perseguís poder y dinero.

—Cuando todo esto acabe, te aseguro que seguiré mi lucha. Mi lucha no es otra que la concordia entre hermanos. Y tú eres mi hermano. También rezo por ti.

—Yo rezo para que las balas lleguen a su objetivo. Es muy fácil predicar tu basura desde aquí, sin exponerse, sin coger un fusil para defender a tu país.

—¿A cuántos hombres has arrebatado la vida?

—A menos de los que quería.

—No hablas tú, habla el caparazón que te has creado, habla un hombre con miedo. Con miedo y remordimiento. Déjame ayudarte.

—Te aseguro que lo último que tengo es remordimiento. Solo me come por dentro la idea de que se me escape con vida un fascista más.

El cura cerró los ojos y comenzó a mover los labios.

—¿Qué coño haces?

—Rezo por ti.

Pacorro agarró su arma y golpeó con violencia la cabeza del cura con la culata.

—Deja de intoxicarme con tus plegarias de traidores.

—Dime, ¿cuál es tu nombre? El mío es Manuel —insistió el sacerdote mientras se limpiaba la sangre que le caía por la ceja.

Pacorro permaneció unos segundos callado y finalmente respondió:

—Francisco, me llamo Francisco. Y, ahora, cállate.

En ese momento, el sonido de decenas de camiones y el alboroto de los soldados regresaron con la suficiente fuerza como para despertar de ese extraño duermevela a Marcial y a Juan. Era evidente que todo ese jaleo de tropas significaba que algo gordo, una gran ofensiva, se estaba preparando, y los tres guerrilleros estaban siendo testigos, desde el epicentro enemigo, de sus inminentes planes de guerra.

Diez minutos después, el pueblo quedó de nuevo en completo silencio. Era el momento de acabar su misión y emprender el camino de vuelta para informar a los suyos de los planes de ataque franquistas que estaban en marcha.

—Nos vamos, muchachos —apremió Pacorro.

Dos golpes secos en la puerta avisaron al viejo sacerdote, que no tardó en subir a abrírles. Pacorro no dejaba de encaño-

nar a Manuel, a quien aún le goteaba sangre por la cara, mientras los cinco bajaban de forma acelerada las escaleras.

—Puedes dejar de apuntarle. Este es un lugar de paz. Aquí no va a haber violencia de...

—Ve a la puerta y mira si está despejada la entrada —le interrumpió Juan.

Miguel asomó la cabeza a la calle, la giró en ambas direcciones y dedicó al interior un gesto con el brazo derecho que alertaba de alguna presencia. Se acercaba una pareja de la Guardia Civil.

—Buenos días, padre.

—Buenos días, chicos.

—¿Qué tal? ¿Todo en orden por aquí, don Miguel?

—Todo sin novedad.

—La noche fue movidita, se colaron tres o cuatro guerrilleros rojos.

—Sí, ya me enteré. ¿Y qué pasó con ellos?

—No los hemos encontrado, salvo a uno que estaba herido. Supongo que huirían al ver el despliegue. Eligieron el peor momento para entrar, los muy gilipollas.

—Que tengáis buen día, y cuidaos.

—Igualmente, padre. Si ve algún movimiento raro, llámenos.

—Claro. Pero por aquí está todo en paz. Id con Dios.

—Con Dios, padre.

Apenas dos minutos después, Miguel asomó de nuevo la cabeza para comprobar que, esta vez sí, el camino de salida estaba libre.

—Podéis salir. No hay nadie.

Justo antes de abandonar la iglesia, y casi a la carrera, Pacorro dedicó una última mirada hacia atrás, instante en el que el joven Manuel aprovechó para mandarle un último mensaje:

—Francisco, hermano, rezaré por ti.

Pacorro no dijo nada, avanzó unos metros más, pero, de forma repentina, como si un cable se le hubiera cruzado, volvió sobre sus pasos y entró de nuevo en la iglesia. Sacó su pistola y disparó al anciano sacerdote, a Miguel, en la barriga.

—Ahora sí tienes un buen motivo para rezar —susurró al oído a Manuel.

Marcial iba el primero, destacado, con paso firme, casi corriendo. Juan y Pacorro le seguían por las pequeñas calles en dirección sur. En ese momento reinaba una extraña calma que les permitió alcanzar sin problemas un angosto camino que les alejaba del pueblo. Habían salvado sus vidas de forma inesperada y ya solo les quedaba regresar lo antes posible a la base e informar a los suyos de la inminente ofensiva.

A través de la pequeña carretera por la que avanzaban alcanzaron el cementerio, de donde salieron dos hombres de mediana edad que caminaban al tiempo que conversaban. Al llegar a su altura dijeron un escueto «buenos días» que les hizo pensar que nada había llamado su atención. Sin embargo, apenas unos metros más abajo, los dos hombres echaron a correr hacia el pueblo. Era evidente que habían vuelto a ser descubiertos. Por la noche había corrido la voz de que el enemigo iba disfrazado, y no era difícil suponer que eran ellos por la suciedad que acumulaban y por las manchas de sangre. El macuto y sus caras de cansancio y desesperación tampoco ayudaban demasiado al camuflaje.

Pacorro, Marcial y Juan se encontraban de nuevo en ese punto de partida tan incómodo para su supervivencia.

Las opciones que manejaban no eran muchas; podían optar por volver a esconderse y huir durante la noche, o, por el contrario, salir de allí lo antes posible campo a través.

Eligieron, sin llegar a debatirlo, la segunda opción y bordearon la pequeña carretera para adentrarse en la maleza, no sin antes dejar esparcidas decenas de tachuelas en la carretera

para pinchar las ruedas de los vehículos perseguidores que, sin duda, estaban a punto de aparecer.

—¡Esperad! Creo que lo mejor es quedarse en el cementerio escondidos —dijo Juan, exhausto.

—¿Estás loco? No duraríamos ni diez minutos allí —replicó Marcial—. Tenemos que seguir todo lo que podamos hacia allá. ¡Y los tres juntos!

—Yo no puedo. Me quedo en el cementerio —insistió mientras se alejaba.

—¡Juan! ¡No seas imbécil! ¡Ven!

Pero Juan estaba ido, en el sentido más amplio del término, y enfiló su camino al cementerio.

Menos de cinco minutos después, varios vehículos enemigos subían a gran velocidad por la estrecha vereda. Las tachuelas hicieron su labor con el primero de ellos, que se dejó las ruedas en el intento, pero no frenó a los siguientes, que, además, habían visto perfectamente cómo Juan se escondía en el camposanto.

Su inesperado periplo suicida no duró mucho más. Cuando se vio rodeado arrojó dos granadas que dejaron varios cuerpos enemigos esparcidos junto a las tumbas. Aun así, cuando quiso darse cuenta, estaba totalmente rodeado. Fue abatido sin piedad.

En ese momento, Marcial y Pacorro frenaron su carrera para observar la escena desde lo alto de la loma que acababan de encumbrar. Al menos, la estúpida jugada de Juan les había servido para darles un respiro y coger unos metros de ventaja, una ventaja relativa teniendo en cuenta que en pocas horas habían perdido a dos compañeros y que volvían a encontrarse en una situación mucho más que límite.

Ese fotograma —rodeados, exhaustos y sin apoyos— sirve como metáfora perfecta de en qué punto se encontraba la guerra en su conjunto para el bando republicano.

Con el aliento enemigo en sus cuellos, solo les quedaba la opción de esconderse. Se habían dirigido hacia una zona más poblada de vegetación y, justo antes de adentrarse en ella, Marcial aprovechó para dejar abandonado un termo en el sendero.

Agazapados, observaron con nitidez cómo el grupo de soldados enemigos se dividía en cuatro subgrupos para rodearles. Los primeros hombres se detuvieron cuando vieron el termo.

—Han entrado por aquí. Esto es suyo.

El joven soldado que acababa de hablar cometió un fatal error. Confiado, decidió coger el termo, que un instante después explotó. La trampa le arrebató el brazo izquierdo.

Tras la deflagración otros cuatro soldados franquistas se acercaron a socorrer a su compañero. Entonces, pese a que Pacorro le indicaba con gestos desesperados que no era una buena idea, Marcial decidió pasar de nuevo al ataque y arrojó una granada.

El lanzamiento fue totalmente errático y, en una suerte de parábola esperpéntica, el explosivo ni siquiera se acercó a su objetivo. El sonido de la deflagración tan solo sirvió para localizarles, por lo que Pacorro decidió adentrarse en la maleza y esconderse entre aquellos árboles.

Marcial, en evidente peor forma física, trató de seguirle, pero los perseguidores podían escuchar a la perfección sus pisadas. Su fuga terminó en un nuevo acto de torpeza. Tropezó con una rama mientras intentaba sacar otra granada del macuto. Cayó al suelo de bruces y tardó una eternidad en girarse e intentar levantarse. Las fuerzas ya no le acompañaban. Una patada en el pecho le devolvió al suelo y cinco fusiles apuntaban a su cabeza.

Pacorro aprovechó el desconcierto para encontrar un agujero entre dos rocas y un árbol. Se cubrió como pudo con algunas ramas y allí quedó, a expensas de su suerte... a expensas de su muerte. Mientras intentaba contener la respiración, escucha-

ba los pasos enemigos y sus conversaciones girando su alrededor. Y, de repente, comenzó la gran fiesta.

Obuses, granadas, disparos... y refuerzo aéreo. La gran ofensiva había empezado, un gran ataque que pilló por sorpresa al Ejército republicano, cuyo frente se encontraba a apenas un kilómetro de esa posición y que no tuvo más remedio que replegarse. A pesar de todo, y a duras penas, consiguieron contener el duro ataque durante un tiempo.

Pacorro pasó varias horas en su escondite. Sus perseguidores le dieron por perdido, pero pudo percibir, impotente, cómo se recrudecía la ofensiva contra los suyos. Quizá por el cansancio, por el constante ir y venir de la aviación, por las bombas que caían a pocos metros, por la falta de sueño... o quizá por todo ello junto, Pacorro se desmayó.

Despertó algunas horas después, cuando el sol comenzaba a ponerse. Tras comprobar que no había peligro a su alrededor, se levantó y prosiguió su camino hacia el único lugar donde podría salvar su vida, las trincheras republicanas, donde los suyos seguían asumiendo como podían el gran ataque.

Tan solo le separaban unos ochocientos metros, pero para llegar hasta allí no le quedaba más opción que atravesar una zona diáfana, libre de refugios, en la que quedaría extraordinariamente expuesto. No le importó, aunque tampoco tenía muchas más opciones. Con un caminar errático y dando tumbos, se quitó el uniforme falangista para no tener que dar explicaciones cuando llegara ante los suyos. A solo doscientos metros, y temeroso de que sus compañeros le disparasen al verle acercarse, comenzó a gritar: «¡Soy de los vuestros! ¡Ayuda!».

Justo en ese instante, la temida ráfaga de disparos llegó. Pero lo hizo desde atrás, desde el bando enemigo. Ninguna de esas primeras balas le alcanzó, pero el baile de guerra se inició y los obuses comenzaron a caer. Mientras tanto, unos pocos sol-

dados republicanos, parapetados tras las trincheras, le animaban a alcanzar su posición.

En ese momento casi épico, a punto de tocar la salvación con sus manos, un proyectil le impactó de lleno en el estómago. Pacorro cayó desplomado y estiró el brazo en un intento de buscar ayuda desesperadamente. Tan solo le separaban cinco metros de la primera línea de trincheras. Miró a los suyos, que, sin atreverse a salir a socorrerle, seguían dándole indicaciones. Pero Pacorro ya no podía oír nada.

Ante la lluvia de proyectiles y con la mente en blanco, el guerrillero dejó de luchar. Se giró, aún tumbado, observó cómo caía desde el cielo un obús enemigo hacia el punto exacto donde él se encontraba. Se acabó, pensó.

Y, en efecto, allí mismo impactó, a tan solo cuarenta centímetros de su hombro derecho. Pero, inexplicablemente..., no estalló. Abrió los ojos y se quedó unos segundos mirando aquel proyectil que, eso sí, había quedado destrozado.

En ese instante, casi onírico, algo más llamó su atención. Reptó como pudo para alcanzar el obús y pronto se dio cuenta de que lo que veía no era producto de su imaginación. En el interior del obús se encontraba la espoleta, pero mal colocada. Estaba invertida, algo que podría ser fruto de las prisas a la hora de montarlo... Pero no; se trataba de un sabotaje en toda regla. Lo más sorprendente es que, junto a la espoleta, había un pequeño papel con algo escrito. Pacorro lo sacó del interior del obús y leyó lo siguiente: «Camaradas, no temáis. Los obuses que yo cargo no explotan. Soy de los vuestros».

Y volvió a leerlo, incrédulo. Lo hizo en alto una tercera vez. Ese mensaje suponía la certificación de que existían personas que, tal y como Pacorro y los suyos llevaban años animando en la propaganda que repartían, habían saboteado armamento a sabiendas en fábricas franquistas y que se habían jugado la vida para incluir mensajes de ánimo dirigidos a ellos. Pacorro volvió

a leer en voz alta, por cuarta vez, uno de esos mensajes: «Comrades, no temáis. Los obuses que yo cargo no explotan. Soy de los vuestros».

Para Francisco *Pacorro* toda su lucha y todo su esfuerzo cobraron sentido en ese momento. Miró hacia sus compañeros con gesto de satisfacción, pero ahí ya no había nadie. Giró la cabeza hacia el lado opuesto y observó que, a la carrera, se acercaban a su posición unos treinta enemigos.

Lejos de tratar de huir, su mirada se dirigió de nuevo a aquel papel arrugado. Y así, tumbado en ese sucio repecho, exhausto, herido y abandonado, perfiló en su rostro una amplia sonrisa justo antes de morir.